

**FUTURO PROMETIDO**

Pilar Dughi



— NO VA A HABER aumento? — preguntó la mujer.

—No sabemos nada de eso —contestó el hombre.

La mujer dobló cuidadosamente el talón del pago y firmó en la lista que le extendió el secretario de la oficina. Todos los años, por la misma época, recibían en la escuela una donación de arroz, harina y menestras. Los maestros se consideraban afortunados porque sabían que se trataba de un donativo especial que un antiguo exalumno hacía a sus viejos profesores. Decían que era un muchacho muy pobre que había logrado hacer fortuna y le estaba agradecido a un maestro que lo había animado a proseguir sus estudios. Desde varios años atrás, todos los docentes de la escuela se beneficiaban periódicamente del obsequio. La mujer no sabía si la historia era cierta o falsa, pero se sentía agradecida de que así ocurriera. A la salida de la oficina se encontró con un colega que caminaba presuroso.

—¿Has sabido algo del aumento? — alcanzó a decirle.

—No —dijo él—. ¿Dónde te has enterado?

—Alguien me ha dicho.

—Debe ser mentira —respondió—. Tú sabes que todos los meses dicen lo mismo.

La mujer asintió y dejó que el hombre se marchara. No recordaba dónde lo había escuchado, pero siempre a fines de mes alguna persona decía que había leído la noticia en el periódico o que otro colega lo había asegurado. Al final, el cheque de pago permanecía inalterable.

Aunque se consideraba muy pobre, ahora se sentía verdaderamente desdichada. El dueño de la casa donde vivía le había pedido que la abandonara porque iban a venderla. Durante diez años había habitado la pequeña casa y la tenía bien cuidada. Aunque era alquilada, pensaba que, mientras fuera cumplida en los pagos, el casero no la molestaría. En todos aquellos años había sido puntual. El dueño había ido subiendo el alquiler poco a poco y ella pagaba sin protestar. Por momentos le asaltaba la angustia de pensar en el futuro. ¿Y si algún día vendían la casa? Se lo había preguntado infinidad de veces. ¿Dónde iría? Pensaba en sus familiares más cercanos, pero solo le quedaba un primo lejano

que vivía con cuatro hijos y su mujer en un par de cuartos. Jamás le daría alojamiento. Además le humillaba tener que recurrir a él. Su primo era chofer de un autobús, pero ganaba más que ella como maestra de escuela. Era un hombre torpe y de modales groseros. Insultaba a su esposa y a sus hijos. Barajando posibilidades, encontró la alternativa de irse a casa de una colega, soltera, que vivía sola en un pequeño departamento. Habían sido bastante amigas en una época, cuando ambas trabajaban en las oficinas administrativas de la Unidad de Servicios Educativos. Luego se dejaron de ver con frecuencia, cuando a ella la trasladaron a la escuela del barrio. A veces se encontraban y la amiga era bastante cordial. Recordaba que se quejaba mucho de lo sola que estaba; sufría de presión alta y nadie la atendía. Tenía miedo de caer enferma. El departamento donde vivía era propio, lo había comprado con una pequeña herencia. Pensaba en esa alternativa, pero luego la descartaba porque la amiga tenía muchas manías y era avara. Rememoró que alguna vez se había quejado de la luz que tenía que dejar encendida todas las noches para poder subir por la escalera cuando salía a la calle. Había llegado al extremo de acostarse muy temprano para no gastar en luz eléctrica. ¿Cómo podría vivir con una persona así? La única esperanza que le quedaba era su hija.

Victoria ya había cumplido diecisiete años. Sin ser guapa, era bastante atractiva y la madre veía cómo los chicos se volteaban en la calle para mirarla. Cuando era pequeña, su padre, que era agente viajero, un día se fue a Arequipa y nunca más regresó. Le escribió una carta diciéndole que le enviaría dinero, pero no lo hizo. Tampoco se volvió a comunicar y, como bebía mucho y la madre pensaba que podía llegar a ser alcohólico, ella no sufrió demasiado. El nunca se había ocupado de la casa porque desde que se casaron había viajado constantemente, y ella se acostumbró a criar sola a la niña. Al principio, el sueldo le alcanzaba y, además, conseguía algunas clases particulares como profesora de Matemáticas, lo que le permitía tener algunos ingresos extras. Pero cuando Victoria ingresó a la secundaria y comenzó a demandar ropa nueva todos los meses, su madre sintió que no podría seguir con el mismo presupuesto. Entonces fue pensando que si la educaba bien y lograba que estudiase, algún día Victoria podría trabajar y ayudar en la manutención de la casa. Pero la muchacha no era amante del estudio y con mucho esfuerzo lograba pasar los cursos. Pensó que una solución sería que su hija se casara con algún buen candidato. Victoria acostumbraba a sentarse toda la tarde a ver televisión y los fines de semana quería ir al cine y salir a pasear. Los

muchachos del barrio eran pobres o vagos, y la mayoría eran estudiantes que vivían del dinero de sus padres. ¿Dónde podría conseguir un marido adecuado? Cada vez que, a fin de mes, el dinero se iba agotando, ella reflexionaba sobre el futuro esposo de su hija. Y lo peor de todo era que Victoria parecía no darse cuenta de la situación.

—¿Qué va a ser de tu vida? —le preguntaba algún sábado por la tarde —. Si no quieres estudiar, tendrás que casarte.

Pero su hija era arisca y tenía sus propios planes.

—Voy a estudiar Secretariado.

Victoria ya estaba terminando el colegio y no se había preocupado de buscar una academia de Secretariado. La madre tuvo que pedir un préstamo en una cooperativa para costear los gastos de la fiesta de graduación del colegio. Compró un vestido que le pareció muy caro y pagó una cuota que se suponía no era obligatoria, pero al final terminó siendo indispensable, porque Victoria lloró y lloró, amenazando que no iría a la fiesta si su madre no pagaba. Los jóvenes no se daban cuenta del sacrificio de los padres. Cuando ella vio las fotos de la fiesta de promoción, se imaginó inmediatamente la cantidad de dinero que había invertido y que pudo destinar a gastos menos superfluos.

Durante las últimas semanas apenas podía conciliar el sueño y poco a poco perdió el apetito.

—Hija, no podemos seguir así —le había dicho a Victoria.

—Mamá, no te preocupes, todavía no nos van a echar de la casa. Además, el juicio de desahucio dura muchos meses. Mientras tanto ya conseguiremos algo.

Victoria seguía siendo una niña que creía que mamá lo resolvería todo. ¿Acaso ella cuando era joven era así de irresponsable? Claro que a esa edad no se pensaba en el futuro ni en el alquiler de la casa.

Una tarde, madre e hija fueron a comprar velas a la tienda de la esquina. El dueño era un provinciano de Huancayo, de unos sesenta años, rollizo, que siempre andaba con la camisa remangada en los brazos y solía beber cerveza con los vecinos en un costado del mostrador.

—Qué guapa está su hija, señora Herminia —había dicho. Y Victoria se había reído del halago.

El hombre permitía que los clientes tuvieran cuenta con él. Durante el mes, Herminia sacaba provisiones y firmaba en un cuadernito. A fin de mes pagaba. No pocas veces él le había ampliado el plazo del pago. En general, era bastante considerado con los vecinos.

Cuando al día siguiente ella se acercó a comprar un poco de provisiones y quiso firmar el cuaderno, el hombre se opuso.

—Esto es un obsequio, señora Herminia, en honor a su hija.

—¿Cómo?

—Tómelo como un regalo para Victoria.

A Herminia le pareció una grosería aceptar e insistió en firmar el cuaderno. Como el hombre se negó, ella se retiró sin llevarse la mercadería. A medida que caminaba se iba poniendo furiosa. ¿Cómo se atrevía? Si era un viejo, cuarenta años mayor que su hija. Era un perverso. Victoria, tan joven, tan muchacha y cortejada por un hombre que tenía cara de fauno. Al llegar a la casa le rogó a Victoria que no fuera a comprar a la bodega.

—Los hombres beben cerveza y pueden ser malcriados con las muchachas —le dijo—. No quiero escándalos.

—Pero si nunca ha pasado, mamá.

—No quiero que vayas. Eso es todo —dijo ella.

Esa noche comieron una sopa de fideos y una taza de té. Ya no más provisiones. Al día siguiente, muy temprano, fue a visitar a una colega que vivía cerca del barrio. Sin preámbulos le pidió dinero prestado.

—No tengo, Herminia. De veras, mi padre está hospitalizado y estoy gastando mucho.

—Estoy desesperada. ¿Sabes a quién puedo pedirle?

—Parece que este mes nos van a dar un aumento. Solo por única vez. Lo ha dicho el ministro.

—¿Dónde lo has leído?

—Me lo dijo una colega.

—Pero puede ser mentira.

—No creo, lo he escuchado antes.

—¿Pero dónde? ¿Quién?

—No lo sé. No me acuerdo.

Herminia se despidió y salió a la calle. Con decisión regresó a casa y se dirigió hacia la tienda de la esquina. El hombre la atendió amablemente. Ella pidió provisiones y luego firmó el cuaderno como si nada hubiese pasado. Respirando hondo regresó a su casa. Se alegró de haber vencido al orgullo. El bodeguero no había hecho alusión alguna a sus pretensiones malévolas. Cuando empezó a sacar los alimentos de la caja donde el bodeguero los había depositado, vio que había una lata de sardinas, aceite y huevos que ella no había pedido. ¿Se habría equivocado? No, ella no recordaba haberlos solicitado. Entonces comprendió. Se los había obsequiado. Era la única explicación. Estuvo tentada de regresar y devolvérselos, pero pensó que tal vez se trataba de un error afortunado. Dudando, decidió olvidar el asunto. Desde entonces, cada vez que recogía la lista de los pedidos, aparecían cosas extras. Una caja de chocolates, una botella de vino, queso de la mejor calidad. Herminia seguía desconcertada, pero saboreaba con placer por las noches una tajada de queso mientras bebía café. Le parecía delicioso que fuera gratis y ya no protestaba.

—Discúlpeme usted por mi atrevimiento de la vez pasada —le dijo un día el huancaíno cuando no había nadie en la tienda—, pero soy un hombre viudo, sin hijos, que vivo solo en esta casa, y he pensado que tal vez usted comprendería mis deseos de cuidar a su hija.

Como ella puso una cara de desagrado, el hombre se apresuró en explicarle.

—Solo quiero dejarle a alguien mi dinero, señora Herminia. No tengo malas costumbres, soy de provincia, criado sanamente.

—Usted es muy mayor —dijo ella.

—Pero ¿a qué joven quiere usted entregar a su hija? No sabe cómo va a evolucionar un muchacho. En cambio usted me ve a mí, maduro, es cierto, pero ya estoy crecido, ya no voy a tener vicios.

Herminia no dijo palabra y pidió el cuaderno de la cuenta.

—Señora, acepte esta vez, por favor. Aunque usted no esté de acuerdo con lo que le he dicho, lleve este regalo. No significa nada para mí, vea toda la tienda, está llena de productos. Para mí esto no es nada.

Herminia vio las estanterías y tuvo que reconocer que la bodega estaba bien abastecida. Sin contestar cogió la caja con la mercadería y marchó

a su casa. El hombre tenía razón. No parecía una persona deshonesto. Aquella noche estuvo pensando en el asunto y llegó a la conclusión de que no convenía despreciar la generosidad del bodeguero. Tal vez pudieran llegar a cultivar una buena amistad, que no significara necesariamente el enamoramiento.

A los pocos días, el hombre apareció en la casa con muchos regalos. Herminia lo recibió amablemente y Victoria compartió con ellos la mesa. Conversaron de la vida que había llevado él en la provincia, de los sacrificios que hizo para montar el negocio y lo bien que le había ido en los últimos años. Sus ahorros eran cuantiosos y se había hecho querer por los vecinos. La gente lo respetaba y tenía amigos. Después de algunas horas de charla, el hombre se despidió. Cuando se fue, Herminia le preguntó a Victoria.

—¿Qué te parece don Héctor?

—Buena gente-dijo Victoria y se sentó a ver televisión.

Las visitas de don Héctor se hicieron periódicas. Herminia notaba que él hacía esfuerzos por interesar a su hija, pero ella no le hacía el menor caso.

—¿Por qué viene tanto don Héctor a la casa? — le preguntó Victoria una noche.

—Se siente solo —contestó ella sin darle importancia al asunto.

A los pocos días llegó la orden de desahucio.

—Tendré que contratar a un abogado —dijo ella en el desayuno —. ¿De dónde voy a sacar dinero?

Victoria se alzó de hombros.

—¿No dicen siempre que te van a dar un aumento? A lo mejor ahora es verdad.

—Eso nunca ocurre.

—Pídele prestado a alguien.

¿A quién?

—Pues a don Héctor.

Herminia sintió de pronto un nudo en la garganta. Estaba avergonzada.

—No me parece.

—Mamá, a él le encanta decir que tiene dinero.

Aquella noche Herminia no pudo dormir. Seguro que don Héctor le prestaba el dinero, pero tenía miedo de lo que podría pasar después. Aunque, mirándolo bien, no tenía por qué pasar nada. Ella le devolvería el dinero poco a poco. Tal vez ahora que Victoria terminaba el colegio podría conseguir un empleo. Cada vez que el apremio llegaba a un extremo, pensaba en atender el problema sin preocuparse del futuro. Era la única manera en que habitualmente lograba afrontar las cosas. Así lo hizo en el pasado y había tenido suerte.

En la mañana siguiente se levantó de madrugada y fue a primera hora a la bodega. No se sentía nerviosa porque no le parecía humillante hacer el pedido. Después de todo el hombre tenía dinero y seguro solía prestar a sus amigos. Don Héctor se acercó amablemente a ella. Herminia le explicó lo del abogado. Tal vez él tuviera algún conocido, alguien que pudiese ayudarla. Don Héctor se quedó pensativo.

—Puede ser —le contestó.

—Le estaré muy agradecida —dijo ella.

—Me gustaría que Victoria me lo agradeciera alguna vez.

Herminia se sintió de pronto ofendida.

—Esto solo se lo pido por amistad.

—Claro —dijo él —pero yo estoy enamorado de su hija.

No le gustó la cara que puso el tendero. La miraba de reojo. ¿Qué pretendía aquel hombre? Aquello le pareció una vejación.

—Esto es un chantaje —dijo ella con el rostro enrojecido.

Don Héctor movió la cabeza de un lado al otro.

—No piense mal, doña Herminia.

—He venido por una ayuda. Si algún día estuviera usted enfermo y no tuviera quién lo cuidara, nosotras podríamos auxiliarlo. Así es la amistad, la gente se apoya.

—Piénselo, doña Herminia. Le repito, no soy hombre de malas intenciones.

No contestó porque estaba furiosa. Salió rápidamente del negocio pensando que había cometido un tremendo error. Era como todos los hombres. Un interesado. Había estado cortejando a su hija con unas

miserables latas de comida. Y lo peor de todo es que Herminia se había prestado a ello. Podía ser su abuelo. ¿Por qué un hombre tan mayor buscaba a una mujer tan joven? Aquello a ella le parecía una conducta vergonzosa. Que Victoria le agradeciera solo podía significar un arreglo amoroso de consecuencias impredecibles. Él no había hablado de matrimonio en ningún momento. Y eso estaba muy claro. La cabeza le daba vueltas. Tal vez su primo podría prestarle dinero. Pero recordó amargamente que una vez que recurrió a él, este le contestó enfadado que sería la última oportunidad. Ella se había mordido los labios y recibió los billetes sin poder levantar la vista. No hubo generosidad ni compasión en aquel hombre. Al llegar a la casa se encontró con Victoria recostada en el sofá de la sala, leyendo unas revistas.

—Ya has terminado el colegio —le dijo—, hace dos meses que te he pedido que hables con la señora de la costura. Me dijo que si le ayudabas, te podías ganar algo de dinero.

—No quiero ser una costurera.

—Tampoco has buscado una academia para estudiar.

—¿Tienes dinero para la matrícula?

Herminia se sintió desalentada.

—Puedes entrar a trabajar como auxiliar en el colegio. Solo por unos meses, hasta que podamos pagarle al abogado.

—¿No te ha prestado don Héctor?

Negó con la cabeza. ¿Qué iba a hacer con esa muchacha? El día que las arrojaran a la calle, con todos los muebles sobre la acera, recién se daría cuenta de la situación. Entró a la cocina y se puso a preparar algo de comida. Cuando veía esas imágenes por televisión, a la gente desahuciada llorando sobre las pertenencias en medio de la calle, muchas veces se había imaginado que terminaría así. Y ahora esa profecía se iba a cumplir. ¿Cómo dar la cara después? ¿Qué comentarían los alumnos o sus colegas? Tendría que irse a un asentamiento humano, en las afueras de la ciudad, en una choza cubierta por esteras. Mucha gente vivía así, sin agua ni luz eléctrica. También había pensado en ello. Ella sabía de colegas que habían empezado a construir así sus viviendas, pero era muy duro. Tenían que estar muchos meses en la mayor precariedad. Y en esas zonas había delincuentes que robaban los enseres de la gente.



También había violaciones y homicidios. ¿Qué diría su padre si viviese? Él también había sido maestro y su sueldo les había alcanzado para vivir cómodamente. Así ella había podido estudiar en la universidad. Entonces pensaba que también podría vivir igual que lo habían hecho sus padres, pero las cosas cambiaron mucho en el transcurso de los años. Escuchó que su hija bajaba las escaleras y se dirigió a la sala. Se había puesto una chompa escotada en el busto y un pantalón ajustado.

—Te he dicho que no te vistas así —le dijo ella.

—¿Por qué?

—No me gusta. Además, eres muy chica para maquillarte tanto.

Victoria hizo un gesto de fastidio.

—¿A dónde vas a estas horas?

Su hija bajó el tono de voz.

—A visitar a don Héctor. Estoy segura de que él nos puede prestar dinero.

Salió y cerró la puerta de la calle.